

## SUMARIO

*Enseñanzas de la guerra del Rif*, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.—  
*Mis impresiones en la campaña del Rif, de 1909*, por Manuel Burguete, comandante de infantería.—*Empleo táctico de la artillería de campaña*.—*Bibliografía*.

### BIBLIOTECA

Pliego 12 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Pérez.  
Pliego 10 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luis Trucharte.  
Pliego 1 y 2 de «Manual de Explosivos militares y pólvoras reglamentarias».

---

### ENSEÑANZAS DE LA GUERRA DEL RIF

#### *XVI.—El empleo de la artillería*

Si al comenzar las operaciones en el Rif la infantería hubo de tropezar con la grave dificultad de tener que aplicar un Reglamento táctico, que ni lo sabían todos los soldados, ni cuyo espíritu conocían los oficiales, por falta material de tiempo dado lo reciente de su adopción; no menores dificultades encontró la artillería de campaña, en pleno cambio de material y debiendo poner en práctica los nuevos métodos tácticos que su cambio trajo aparejados, casi por primera vez al frente del enemigo. Pero, lo mismo que su hermana la infantería, la artillería de campaña llegó, en un periodo de tiempo notablemente corto, á emplear y manejar con toda perfección las piezas de tiro rápido.

Desde el punto de vista exclusivamente artillero, la experiencia de la guerra fué satisfactoria en todos conceptos. Incumbió á la artillería el importante papel que le corresponde y contribuyó eficaz y poderosamente á batir al enemigo y resolver los combates; en ocasiones, bastaron sus fuegos para alcanzar el objetivo deseado.

En la cuestión de su empleo y en su combinación táctica con las otras armas, los resultados no fueron tan recomendables. Se abusó, más que se hizo uso, de la artillería, por lo general, sin que faltaran casos en que aconteciera lo contrario, sobre todo al principio de la campaña, por la tendencia, que tardó algún tiempo en desaparecer, á mantener inmóviles y fijas las piezas, ora de una sección, ya de una batería ó de un grupo de ellas.

En particular la artillería de montaña trabajó mucho y no siempre con sujeción á un criterio plausible. Empleada contra grupos poco numerosos



en orden disperso, y aun contra individuos aislados, se la obligó á derrochar las municiones, con escaso fruto, sobre todo cuando los moros acudieron á los engaños, ardidés y métodos de protección que aplicaron en torno de los puntos avanzados. Durante el mes de julio y parte de agosto, fueron frecuentes los cañoneos de los que ningún resultado apreciable cabía prometerse, porque faltaba la primera condición, la existencia de un blanco apreciable.

En dicho periodo, se fraccionó excesivamente la artillería, quebrantándose los lazos naturales del mando y faltándose á uno de los principios más importantes del empeño táctico de cada una de las tres armas. Puede decirse, para expresarnos de un modo gráfico, que se acudió á la artillería para encontrar y obtener una masa de fuegos exclusivamente propios de la infantería.

Como no podía menos de suceder, ese cañoneo caprichoso, que no obedecía á ninguna necesidad fundamental, resultó contraproducente, porque los moros, ocultos entre los riscos y las breñas, perdieron el miedo á los cañones y adoptaron aquella actitud de osadía y audacia que tanta sangre nos hizo derramar en julio y agosto.

Con el aumento de fuerzas de artillería y la llegada de unidades organizadas, púsose remedio poco á poco á ese estado de cosas, y la artillería tuvo mejor empleo. Pero tal vez por la reacción natural consecuencia del abuso que se hizo de ella en los primeros días, las columnas de operaciones no llevaron en septiembre y octubre la dotación de esa arma que á nuestro juicio hubiera convenido. Probablemente, ello debióse también á otro motivo: la dificultad de obtener el concierto en el combate, entre las tres armas.

La acción combinada de la infantería y caballería en el campo de batalla, es una cuestión muy compleja y difícil; tanto más difícil, cuanto que no se resuelve solamente por el estudio, sino que requiere una práctica y un ejercicio constantes, que faltan por completo en nuestro ejército. ¿Cómo es posible pretender que las dos armas aunen sus esfuerzos y obren armónicamente frente al enemigo, si en tiempo de paz nunca se mueven juntas, ni intervienen á la vez en los ejercicios doctrinales y temas tácticos?

Ni el jefe de la columna debe emplear con arreglo á sus propias y únicas luces á la artillería, ni el jefe de ésta podrá hacer que se acomode á la situación y á las conveniencias de orden general; hace falta un órgano intermedio, el comandante de artillería, que impuesto de los deseos y de los pensamientos del jefe de la columna, en presencia de la situación general, les dé una interpretación artillera. No se reduce la artillería á disparar con más ó menos rapidez sus piezas contra el objetivo elegido; su empeño táctico es muy difícil, y si era menester demostrarlo, la pasada guerra lo ha hecho con creces; porque no basta que un arma sea excelente:



es menester saber manejarla, y su manejo, sin ser función exclusiva del mando, depende directa é intimamente de él.

Como accidente de este orden de ideas, notose también una cierta deficiencia en la protección de la artillería, pues si algunas veces, pocas, pecó de exceso, las más de ellas resultó mezquina, corta, lo que expuso á graves peligros, salvados sólo para la serenidad y valor del personal.

Son tanto más de lamentar estos defectos, porque en lo que exclusivamente le atañe la artillería cumplió á maravilla su papel, y pese á su falta de preparación—por causa del nuevo material—se reveló digna de las mejores artillerías del mundo. Todos están conformes en que cumplió siempre y con notorio acierto los cometidos que se le señalaron, siendo en no pocas ocasiones el eje del combate.

A poco que se profundize en lo que ligeramente apuntamos, habrá de convenirse que el origen de todo radica—aparte de lo defectuoso de los ejercicios del tiempo de paz—en un vicio de organización. Y no nos referimos á la descomposición de los regimientos en cuatro, seis ú ocho baterías, ni á si son mejores las baterías de cuatro piezas que las de seis, pues con ser importantísimos ambos puntos, poca influencia ejercieron en el Rif, dada la gran división de las unidades en las columnas de operaciones; aludimos al alto mando de la artillería.

En todos los ejércitos fuertes y que acostumbramos á considerar bien organizados, se concede grandísima atención al mando de la artillería, reputándose universalmente que esta arma necesita muchos generales, no ya de brigada, sino de división, si se quiere que se empeñe convenientemente en la batalla.

No obstante el gran número de baterías reunidas en el Rif, no había en el ejército de operaciones un sólo general de artillería, ni estaba organizada la comandancia general del modo que correspondía á la importancia numérica del arma y de todo el ejército. Faltaba dirección, no había unidad, y de ello se resentía hasta la última sección, y ello repercutía en todos y cada uno de los combates.

Acaso se arguya que existía un comandante general en comisión y que por consiguiente no faltaba ninguno de los escalones del mando. El argumento carece de todo valor, y en realidad robustece aun más la necesidad que se dejó sentir de un modo imperioso de un general, por lo menos, de artillería; en realidad, eran menester un general de división y uno ó dos de brigada.

En el ejército, más que en los otros organismos sociales, no es posible separar el empleo del cargo. La autoridad y el cabal desempeño de sus funciones, dependen acaso más de la jerarquía personal del individuo que del destino que se le confiere, sobre todo cuando ese destino es superior á la categoría; porque estando relacionados el éxito de las operaciones y las vidas de los subordinados con las órdenes emanadas del mand



es absolutamente necesario que éste se halle revestido de todas las garantías de autoridad y de acierto, lo cual requiere un empleo superior, tanto por razón natural como por la de la aptitud que lógicamente posee, toda vez que se le ha promovido á una jerarquía superior.

La experiencia enseña todos los días que para alternar debidamente con generales es menester ser oficial general; y que un coronel de relevantes aptitudes no dará al cargo de comandante general toda la eficacia é importancia que tendrá si lo desempeña un general mediano. Y se comprende que sea así, toda vez que dependiendo el funcionamiento de toda la artillería de su comandante general, este necesita hallarse revestido de toda la autoridad necesaria, no sólo dentro de su arma, que esto es lo de menos, sino en relación con los demás comandantes superiores, lo que exige ineludiblemente el empleo jerárquico reconocido en todas las organizaciones, incluso en la nuestra.

Por otra parte, si el comandante general ha de hacerse oír del comandante en jefe y ha de poder intervenir, con toda libertad, en los consejos de generales, es decir, si debe ser también general, no es menos cierto que la comandancia general tiene una organización más completa y perfecta cuando se halla á su frente un general en propiedad, que si ejerce el mando en comisión un jefe.

A nadie podrá ocultarse que era mucho más difícil é importante el mando de la artillería —y mucho más teniendo en cuenta lo fraccionada que estaba— que el de una brigada de infantería ó de caballería; y sin embargo, á nadie produjo asombro que desempeñara aquel cometido un jefe, que tenía á sus órdenes lo que podría llamarse una división de artillería, mientras que á todos hubiera extrañado que las brigadas estuviesen mandadas por coroneles y las divisiones por generales de brigada.

No es ésta una cuestión que afecta solamente al personal; si así fuera, nos habríamos abstenido de tocarla. Ella está íntimamente enlazada con el buen empleo de la artillería en la guerra, y no parece que deba perdurar más tiempo el método actual, que subordina á razones de orden personal los intereses y conveniencias del servicio.

El ejército es el único organismo del Estado en el que sus individuos están dispuestos en todo momento á entregar su vida y prescindir de sus afectos y conveniencias, y no parece lógico que en una corporación tan abnegada y cuya existencia obedece sólo al bien colectivo, se posponga éste á miras personales, de las que en todo caso no se benefician mas que contadísimos individuos de la colectividad. Sin profundizar más, hemos de insistir en que una artillería prácticamente sin generales no se concibe, y menos todavía hoy que en tiempos pasados. Esta es la lección más importante, y de resolución más urgente, que en orden á la artillería se ha deducido de la pasada campaña. Es casi seguro que si el mando artí-



llero hubiese estado bien compuesto, no se habrían presentado los defectos que no hemos hecho mas que indicar.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

### MIS IMPRESIONES EN LA CAMPAÑA DEL RIF, DE 1909

Al aplanamiento moral que en los espíritus de toda España había producido la desgraciada operación realizada por el general Pintos el día 27 de julio, habiase sucedido en la guarnición del cantón de Leganés un cambio completamente radical. Gracias al levantado entusiasmo y espíritu de los jefes y oficiales de ambos regimientos de infantería Rey y León, se había transformado el soldado. Y aquellas caras antes lacias y tristes, se consiguió convertirlas en alegres y sonrientes, exteriorizándose este contento, con el ansia que demostraban por salir á campaña. Haciéndose justicia á los hechos, debo consignar lo mucho que contribuyó la población laborando en sentido muy favorable á levantar el decaído espíritu.

Recibida por la brigada lo orden de marcha, salió en tres trenes militares el regimiento del Rey y al día siguiente, 3 de agosto, en otros tres lo efectuó mi regimiento de León n.º 38.

Cariñosísima y entusiasta fué la despedida que nos dispensó Leganés y muy levantado ya el entusiasmo de [la tropa. Los soldados, muchos de ellos manchegos, se despedían de un modo decidido y valiente de sus familias en las estaciones del paso. No hubo un solo rezagado. Ninguno dejó de estar en su vagón al partir el tren. Y para hablar muy alto en su favor hay que tener presente, no se ejerció presión alguna por parte de la oficialidad. Se les dejó obrar con una gran libertad, compatible con los buenos preceptos de la disciplina militar.

En todos los pueblos del tránsito tuvieron las fuerzas un buen recibimiento. Pero donde se notaron estos entusiasmos á mayor altura es en Andalucía. Es Andalucía, bien por su carácter, etnografía, ó por lo que sea, la región sin duda alguna de España, que en esta guerra, así como en la del 93, en la de Cuba, Filipinas y en cuantas ocasiones se han presentado, ha dispensado á los soldados españoles una acogida cariñosísima. El recibimiento hecho á mi batallón en D.<sup>a</sup> Mencía (Jaén), con la estación adornada é iluminada á la veneciana, con una orquesta de guitarras y bandurrias tocando, con las mujeres adornadas con flores, apesar de lo intempestivo de la hora, y los obsequios de los vecinos en dulces, cafés, refrescos y cigarros, perdura y perdurará en nuestro recuerdo como visión de un sueño fantástico.



Algo aplanó el ánimo llegados que fuimos á Málaga y durante el tiempo que estuvimos en el andén, ver organizar un tren de evacuación de heridos. Pero este decaimiento momentáneo desapareció al desfilarse por la población, entre los vítores y aclamaciones del pueblo.

Por cierto que entre los heridos que se evacuaban había algunos del 27, contusionados con el golpe de porra y de piedra tirada con honda ó á mano.

En la misma tarde del día 4, de nuestra llegada á Málaga, quedaba embarcado todo el regimiento en el vapor Alfonso XII, que levaba anclas á la caída de la tarde.

Expléndida fué la travesía. El mar se asemejaba á un gran lago, y libre de las molestias del mareo, pudo el soldado dar rienda suelta á su expansión, y hasta muy tarde estuvieron sobre cubierta con la música, cantando y bailando.

A la llegada á Melilla en la mañana del día 5, é interín lentamente se hacia el desembarco, contemplábamos los oficiales desde el puente la ascensión que hacia el globo cautivo y con los gemelos escudriñábamos el temido "Gurugú" con sus peladas crestas en intrincadas cañadas, de las que una de ellas, el célebre "Barranco del Lobo", nos lo señalaban los oficiales del crucero "Extremadura" anclado á nuestro costado. Al mismo tiempo divisábamos la línea de campamentos que partiendo del Hipódromo llegaba hasta Cabrerizas. Todavía estando á bordo vimos la salida del convoy y empezamos á escuchar el cañoneo de Camellos y del Hipódromo. Por cierto que desde el barco se veía el reflejo de la vaina de los sables, defecto que se subsanó enseguida forrándolos de cuero ó tela.

Mucho se había extendido la población por fuera de murallas. Desde donde las contemplábamos alcanzábamos á divisar sus barrios de Reina Cristina y Polígono, hermosos y contruidos á la moderna, así como su paseo de Hernandez y demás mejoras, fruto de esfuerzos puramente locales. Pero apenaba el ánimo ver que por la parte del mar, donde no servía sólo el esfuerzo local, seguíamos á igual altura que el año 93. Yo que estuve en aquella expedición militar que nos puso en ridículo y que sin duda alguna dió cuenta de nuestra debilidad, no sólo á los moros, sino quién sabe si á cubanos y filipinos; yo que estuve en aquella expedición militar con el batallón Cazadores de Puerto-Rico n.º 19, veía y palpaba que seguíamos sin puerto; con los mismos medios limitados á pesar de la buena voluntad para desembarcar hombres, ganado y material; y pidiéndole á Dios no soplaste un poco de levante, é interrumpiéndose todo, tuviera atropelladamente el barco que recalar en Chafarinas y allí estarse días y días.

Ya en tierra, é interín se organizaba el batallón para subir al sitio asignado á nuestro campamento, me detuve á almorzar en un café, y pude abrazar á mi hermano Ricardo ya en posesión del batallón cazadores de



Figueras n.º 6, desde hacía muy pocos días. Lo encontré tan impetuoso como siempre y exponiéndole á nuestro amigo el coronel Primo de Rivera su opinión respecto á una acción decidida y enérgica en el Gurugú.

El campamento que ocupábamos estaba situado en la explanada que existe entre los fuertes de Cabrerizas Altas, Rostrogordo y el mar. Allí tenía que acampar también la otra brigada de la división reforzada cuando llegase.

El servicio de seguridad que le correspondía dar al regimiento por la noche, pues de día la caballería cubría el frente, consistió: en dos compañías en gran guardia, una por batallón, cubriendo el sector comprendido entre el barranco de las Adelfas y el que se hizo célebre el 93, llamado de la Muerte; y buscando contacto por derecha é izquierda con el regimiento del Rey y cazadores de Cataluña, dejando en el centro y á retaguardia el fuerte de Cabrerizas Altas.

Muchos fueron los días que estuvimos en ese campamento, desde el 5 al 28 que salimos para Zoco el Arbaa, pero fueron aprovechados en preparar mejor la tropa para el combate. Pues dedicada por mañana y tarde á ejercicios tácticos y tiro al blanco, se afianzó su sólida instrucción, y curtiéndose en el suelo africano se preparó para futuras operaciones.

Las únicas que practicó el ejército durante ese tiempo se reducían al convoy diario á las posiciones avanzadas, dado por turno riguroso entre todos los cuerpos que constituían el ejército de operaciones con la ayuda de la guarnición de la plaza.

Mucho deseaba la opinión, ya reaccionada en España, y los que en campaña nos encontrábamos, que se realizase el avance de las fuerzas, avance que equivalía á salir á chocar con el enemigo que nos tenía bloqueados por todos lados menos por el mar. Y como nuestro carácter es tan impresionable, viendo transcurrir un día y otro sin hacer otra cosa que el convoy, con un cortejo de bajas; viendo la osadía de los moros á quienes cañoneaban diariamente las baterías de Camellos, Hipódromo y alguna vez los barcos de guerra, sin que fuese escarmiento suficiente á impedirles llegasen por las noches á tirotear las avanzadas del Zoco, ó del campamento de Triana; y viendo transcurría todo el mes de agosto en igual disposición, con el Gurugú enfrente, cual cresta empinada de gallo que desafía, yo llegué en algunos momentos á dudar que por fin avanzásemos. Llegué á creermelo que, á semejanza del 93, las armas no hablarían. Que incrustados al pie del macizo montañoso, no daríamos un paso más. Se daría tiempo al tiempo, y el pasteleo, dejando por los suelos el honor de las armas, terminaría aquel estado de cosas.

Luego con calma y madurez de juicio, he deducido: el general hacía bien en retardar el avance, acumulando material de todas clases, preparando las tropas y aún entrenándolas con el convoy; y organizando con los reservistas las quintas compañías para guarnecer fuertes y posiciones.



Mal elemento constituyeron los reservistas de los cazadores, y error muy grande fué traerlos á la campaña. Dado el poco tiempo que el soldado sirve en filas, hubiera sido menos malo quizá de no haber mandado, como era lo lógico, la división reforzada de primer momento, haber hecho lo que se hizo cuando las campañas de Cuba y Filipinas: de cada dos batallones organizar uno. Pues no hay que olvidar que el soldado nacional bueno quizá para defender su territorio, no lo es para una empresa en lejanas tierras y sin ambiente para ello.

Y ya que no sabemos ó no queremos organizar un ejército colonial como debe ser, y metemos á nuestros nacionales en estos fregados con la agravante de llevar reservistas, no era mucho que ocurriesen los disturbios de Barcelona, Madrid y otras partes, hoy que la internacional, antimilitarismo y demás predicaciones hacen tantos prosélitos entre los obreros, únicos que cubren las filas del ejército.

Inglaterra, al Transvaal y demás empresas manda sus tropas voluntarias, únicas que tiene. Francia á estas mismas empresas manda sus legionarios, argelinos, goumiers, etc., y no podría sacar, seguros estamos de ello, ni un regimiento de la metrópoli. Y la misma Alemania en su campaña contra los hereros, falta de ejército colonial, tiene que sacar voluntarios de entre sus soldados nacionales, y con ellos organiza cuerpos nuevos que manda á Africa.

¿No podríamos nosotros intentar crear nuestro ejército colonial mandando á los regimientos de Africa, no reclutas destinados á ellos por suerte, sino mediante alguna ventaja ó compensación, voluntarios de los ya soldados, más gente de nuevo enganche ó reenganche?

---

La guarnición de la plaza de Melilla estaba muy movida y muy preparada para reprender enseguida cualquier desmán de los moros. Por eso fué valiente y decidida la salida que ejecutó el día 9 de julio. Muy bien tomadas las posiciones de Atalayón, Sidi-Hamed, Sidi-Musa y segunda caseta, y muy en su punto á mi entender, y dada la fisonomía especial de esta guerra, con no haber abandonado estos puntos después del castigo y haberse retirado á la plaza. Pero á esta inteligente dirección del Comandante General, no correspondió una conveniente previsión y preparación para los acontecimientos que se desarrollaban. Acontecimientos que se veían venir, pues todo el mundo los esperaba con ocasión de las minas y en el momento que cesase la influencia del Roghi.

La más elemental previsión aconsejaba haber aumentado considerablemente la guarnición tiempo antes, y de no haberlo hecho, para no suscitar suspicacias y dada la proximidad de Melilla á nuestras costas, el día 10 haber tenido ya en frente de la plaza y empezando su desembarco una división completa con todos sus elementos.



No se hizo así y se prefirió con una lentitud abrumadora ir mandando un batallón y luego otro con los intermedios á que obligaban los levantes creyendo cándidamente, que el problema quedaba resuelto con solo mandar en total una brigadita, cuando conociendo á los *guelaias* se sabia habian de levantarse todos en armas contra nosotros.

¡Quiera Dios que lo pasado nos sirva de enseñanza! ¡Que los hombres que nos rijen escuchen á los que deben informarles, y mediten á qué extremos nos llevó la falta de previsión en el comienzo de este engaño! ¡Y que cuando reanudemos nuestras futuras operaciones en Africa, la abundancia de medios acumulados y dispuestos evite el despilfarro de sangre que en esta hicimos!

Los mil seiscientos hombres que constituían los dos batallones del regimiento en operaciones con su sección de ametralladoras y tren regimental, marcharon á campaña con el traje de faena, correaje completo, morral y manta. Dentro del morral llevaban la guerrera de paño, alguna muda de ropa, bolsas de curación y de aseo y zapatos. Y nos coje esta guerra con el uniforme de campaña por resolver. Y eso que el cambio de uniforme último se hizo sirviendo esto de pretexto.

El traje de faena no sirve para ello, y no sirve porque á los dos lavados que con él se hagan se queda blanco y de lejos tiene una visualidad tremenda. Y como el oficial por regla general lo llevaba más limpio que el soldado, resulta que se destacaba la silueta de éste muchísimo, por la blancura de su traje. Y si con el uniforme de campaña se quiere conseguir la poca visibilidad, la faena actual aparte de ser bueno para el verano, no lo consigue. Muchísimo mejor resuelve este problema, junto con el de ir frescos, el kaki que usan los oficiales del ejército de Andalucía, y que algunos los seguían aquí usando.

En invierno hubo que recurrir al capote azul para la tropa y á la guerrera de guarnición de cuello y bocamangas encarnadas para el oficial.

Ya he dicho que las únicas operaciones que se hacian en un principio era el convoy diario á las posiciones avanzadas.

Desde el Hipódromo donde está la estación del ferro-carril francés, parte éste, bordeando la falda del Gurugú que deja á su derecha, y quedando á su izquierda más adelante la Mar Chica. Es este ferro-carril de 80 centímetros de entreví, construido muy á la ligera, y con un material microscópico de locomotoras y vagonetas. Un poco más á la derecha, más hacia la montaña, marcha el ferro-carril español, mejor hecho, con ancho de vía de un metro y con carril grueso, pero sin material movil todavía por aquel entonces. Algunos puestos fortificados y tendidos en la línea francesa, como son primera caseta y dos blokaus, la defienden.

El convoy lo llevaba el tren y la fuerza se extendía en protección para su paso, y generalmente por la explanación del español.

El día 12 nos tocó al regimiento llevar el primer convoy saliendo seis



compañías al mando del coronel, con un escuadrón de María Cristina y una batería de montaña. Tuvimos solo algun tiro que otro, de los *pacos* apostados generalmente en el cerro de Ait-Aisa, y afortunadamente no tuvimos baja alguna. Empezaba bien el entrenamiento de nuestro soldado, entrábamos con suerte en la campaña.

El 22 tuvimos el segundo convoy y ya este día fué mucho más duro que el 12. El enemigo nos hizo bastante fuego, al que ya se contestó por nuestra parte. Yo mandaba aquel día el flanqueo formado por la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> de mi batallón. Hizo su bautismo de sangre el regimiento. Tuvimos tres heridos y dos contusos. De los heridos uno gravísimo. También resultaron heridos un artillero y un soldado de caballería. El soldado estuvo bien, y al regresar al campamento entró la fuerza cantando el himno.

El día 24 el general Aguilera recibe orden de emprender la marcha para Zoco el Arba con el regimiento del Rey, dos escuadrones de María Cristina y una batería de montaña, y el día 28 nos incorporamos nosotros con una batería del segundo montado.

Sin duda el plan que todo el mundo consideraba como lógico, de operar hacia Zeluán, es el que se pone en práctica.

La marcha que el regimiento hizo con la batería montada por la lengua de tierra hasta la Restinga, fué penosísima. La distancia es mucha y el camino un completo arenal. Sin embargo, el coronel combinó tan bien los altos con las marchas y su velocidad, que al anoecer se llegó á la Restinga en buenas condiciones y sin dejar aspeado alguno.

Por ser insuficiente el local para alojamiento de nuestra tropa, esta vivaqueó en los alrededores. Primer día de vivac completo del regimiento en campaña, pues el servicio de seguridad siempre ha permanecido en esta disposición.

La posición de la Restinga es soberbia y construida de un modo permanente. Tiene parapeto de tierra con revestimiento de sacos terreros; pabellones de madera con zocalo de porland, y techo de zinc, para alojamiento de su guarnición y demás necesidades; buen artillado y buena alambrada, con otras defensas accesorias. Presidió un buen acierto en su elección, pues emplazada la posición en un montículo de tierra firme sobre el nivel ordinario del resto del arenal y dunas del mismo; á orillas del mar; en un sitio donde se estrecha la lengua de tierra y desde donde se domina no solo una grande extensión del mar libre, sino de la Mar Chico; hacen de ella casi sea inespugnable, por grande que fuese la jarka que la atacase.

Tiene el destacamento desembarcadero en el mar y en la laguna. Desde lo alto del torreón central de la posición, estación heliográfica, divisábamos á simple vista el campamento de Zoco el Arba, que íbamos á ocupar al día siguiente, ¡y quien sabe si aquella misma noche! de confirmarse los rumores alarmanes que circulaban, de que serían atacados por fuer-



zas considerables. Y aunque las intenciones del coronel eran haber seguido la marcha y hacer los ocho kilómetros que nos separaban, el general Aguilera no lo estimó necesario, considerándose lo suficientemente fuerte para resistir un ataque; y pernoctamos en Restinga.

Por la mañana temprano del siguiente día, abandonamos la Restinga y llegamos al extremo de la laguna, en una gran planicie, al Zoco del Arba.

Encontrábase este campamento limitado por un pentágono irregular formado con trincheras abrigos un poco perfeccionadas y una gran alambrada, al otro lado del foso. Su posición no era buena, pues venia á encontrarse casi en la hondonada que formaba la gran planicie del terreno. Pero fué posición obligada para su emplazamiento.

El día de nuestra llegada y el siguiente 29, se emplearon en mejorar el recinto fortificado, y en acabar los pormenores de instalación de tiendas y demás detalles.

El completo de la columna Aguilera acampada en el Zoco era el siguiente: los regimientos Rey y León; dos escuadrones de Maria Cristina, una batería de montaña y otra montada; una compañía de ingenieros y una sección de Administración Militar.

MANUEL BURGUETE

Comandante de Infantería

(Continuará)



## EMPLEO TÁCTICO DE LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA

Poco después de terminar la guerra ruso-japonesa, en la que se demostró cuan atrasados y deficientes eran los reglamentos mascovitas, se apresuró Rusia á rectificar las ideas que hasta entonces habían imperado, esforzándose por ajustarlas á las enseñanzas de la campaña. En este concepto, los actuales métodos y reglamentos rusos tienen indiscutible importancia, porque en sus líneas generales reflejan la experiencia de la guerra, única maestra que merece verdadero crédito. Resultan por consiguiente interesantes las instrucciones dictadas por el general Voronzoff á la artillería de su cuerpo de ejército, las cuales damos á conocer en extracto.

En la ofensiva, corresponde á la artillería apoyar el avance de su infantería, barriendo cuanto se oponga á este avance; y en la defensiva, oponerse al avance de la infantería enemiga, abatiendo cuanto pueda facilitarle.

Sólo por excepción ocupará la artillería posiciones descubiertas, á saber: 1.º cuando no haya posiciones cubiertas ó bien si estas no responden



á las exigencias técnicas y tácticas de la situación; 2.º si el enemigo no dispone de artillería ó es tan escasa que no resulte sensible; 3.º si se ha de prestar un rápido apoyo á las tropas propias; 4.º en la persecución. En el caso de que haya de permanecerse largo tiempo en una posición descubierta, se dispondrán abrigos y máscaras, preparando el terreno inmediato de tal modo que la observación enemiga incurra en confusiones; conviene que las máscaras estén 300 á 400 metros delante de las piezas. Las máscaras consistirán en terraplenes ligeros pero de bastante altura, talas, etc; á veces será conveniente disponer algunos de esos terraplenes á retaguardia de la batería. Cada pieza se establecerá, por poco que se pueda, en un pozo de cañón enterrado, sin parapeto, con trincheras profundas y estrechas para los sirvientes.

En la elección de las posiciones cubiertas se tendrá presente:

1.º Substraer de la vista del enemigo los movimientos de las piezas y armones, lo que obliga á situarse 2 ó 4 metros por debajo de la visual que partiendo del enemigo va á la cresta cubridora; además, es necesario que no se vea el fogonazo, y para ello

2.º Situando las piezas en una posición más baja con respecto á dicha visual, se oculta el fogonazo á la observación enemiga.

Para eliminar en lo posible los ángulos muertos, inevitables en las posiciones cubiertas, se aconseja:

1.º Repartir entre las baterías el terreno anterior, para que se apoyen mutuamente á las distancias próximas;

2.º Disponer una ó dos piezas por batería en la pendiente que mira al enemigo. Este método es el que da mejores resultados, y más aun si las piezas se sitúan de modo que den fuegos de flanco. La experiencia de la guerra enseña que esta misión la pueden realizar con grande éxito las ametralladoras y la artillería de montaña, á condición de tenerlas en lugares cubiertos hasta el momento en que deben entrar en acción. Al iniciarse el asalto, desplegarán en la cresta y romperán el fuego acelerado.

Las baterías cuyo campo de tiro haya de ser muy extenso, deberán dejar entre si intervalos de 60 á 75 pasos, por lo menos, con objeto de que su fuego pueda ejecutarse lateralmente bajo ángulos de 40 á 50 grados con respecto á la dirección perpendicular al frente de la batería. Entre las piezas, quedarán intervalos de 15 pasos ó más, para disminuir las bajas.

El abastecimiento de municiones es un problema más difícil cada día, por el enorme consumo que de ellas se hace. No es posible hoy verificarlo al descubierto bajo el fuego enemigo, lo que exige, si el terreno no ofrece caminos cubiertos que lleguen cerca de las piezas, excavar trincheras que partiendo de los depósitos lleguen á los cañones.

Para entrar en posición no ha de haber prescripciones reglamentarias; se obrará según las circunstancias, procurándose no sufrir bajas.

En el tiro por encima de las tropas propias, éstas solamente corren pe-



ligro si su distancia á las piezas es menor de 600 pasos y su distancia al blanco batido por la artillería menor de 500 pasos. Entre tales límites, se suspenderá el tiro. Convendrá tener reconocidas de antemano algunas posiciones de flanco, aunque sean descubiertas, desde las cuales se pueda continuar el fuego y apoyar á la infantería en los momentos más críticos.

Las baterías que guarnezcan una posición defensiva deberán disponer, si es posible, de más de una posición, con el objeto de cambiarla oportunamente, tanto para substraerse al tiro enemigo si el adversario consigue corregirlo, como para inducir á error á la artillería del atacante.

Para obtener éxitos decisivos se impone el empleo de la artillería en masa. Ello no se alcanza con la batería en una única posición, lo que facilitará su tiro al enemigo, sino con una concentración racional del tiro de muchas baterías ejecutado en una dirección única. Han de empeñarse el número máximo disponible de baterías. En algunos casos será útil dejar una reserva de artillería, en particular el defensor, cuya situación suele ser menos clara que la del atacante.

Entre las varias posiciones de artillería es conveniente elegir algunas que se ocuparán con secciones de exploración. Estas tantearán al enemigo, le inducirán á abrir prematuramente el fuego, atrayéndolo sobre ellas y revelando antes de tiempo la posición de aquel, que podrá entonces ser batido por toda la artillería. Las secciones de exploración, de escasa fuerza, han de estar dispuestas á cambiar rápidamente de posición, apenas queden sujetas al fuego enemigo.

Además de la buena elección y ocupación de las posiciones, se requiere:

1.º Que se indique con claridad y precisión á la artillería los cometidos que debe cumplir, en relación con la situación general y las intenciones del mando;

2.º Que esos cometidos sean repartidos á los regimientos, grupos y baterías, en relación con el terreno y con el desarrollo del combate.

3.º Que pueda concentrar en brevísimo tiempo el fuego de muchas baterías sobre una posición enemiga determinada, que convenga batir á fondo.

Todo eso exige:

1.º Que el tiro de toda la artillería esté bajo la dirección de un comandante único;

2.º Que se efectúe un reconocimiento de la posición y de las fuerzas enemigas, y no se deje de observar ni un momento tanto el enemigo, como el terreno que de él le separa;

3.º Que esté constantemente mantenida la comunicación entre las diferentes fracciones de la artillería, entre éstas y las demás armas, así como entre el comandante de artillería y el comandante en jefe.

Este último indicará, del modo más completo y claro, los resultados



que desea obtener de la artillería, dando, á este fin, las indicaciones necesarias sobre la situación general y el objeto del combate. Aparte de esto, dejará en la mayor parte libertad de acción al comandante de la artillería. Bajo la inmediata dirección de éste se verificarán los reconocimientos necesarios de las posiciones propias y de las enemigas; el mismo comandante asignará á cada fracción la zona que ha de ocupar, repartiendo entre ellas los cometidos, teniendo en cuenta el valor de cada posición.

Pero como el comandante de la artillería no puede seguir el desarrollo del combate en todo el frente, y como también puede acontecer que las fracciones vecinas hayan de ejercer una acción común, los comandantes subordinados han de ejercer su iniciativa, si el caso llega, reclamando el concurso de las baterías inmediatas. Estas prestarán el apoyo solicitado, darán cuenta en el acto á la autoridad superior; y apenas cese su cooperación volverán á su cometido primitivo. Pero salvo estos casos de excepción, la orden de cambiar de objetivo debe dimanar del comandante de la artillería.

El grande alcance del cañón actual permite concentrar el fuego sobre una posición designada, no solo si el flanco está al frente, sino también cuando se encuentra lateralmente á unos 2 ó 3 kilómetros. Las baterías enemigas cuyo fuego resulte más peligroso, serán batidas por medio de la concentración del fuego de muchas piezas, sin dejar de mantener las demás baterías adversarias bajo el vivo fuego de las otras piezas. De este modo, podrá debilitarse notablemente, y acaso acallar, el tiro de la artillería enemiga más molesta, lo que ejercerá una indudable influencia en el desarrollo general del combate.

Si á causa de una concentración de fuego se interrumpe el de la artillería enemiga, no ha de concluirse que ésta ha quedado fuera de combate; se la continuará vigilando con la mayor atención.

En resumen, el empleo táctico de la artillería se sujetará á estos principios:

Al comenzar la lucha, los grupos de exploración tratarán de atraer hacia si el fuego de la artillería enemiga, sobre la cual se obrará enseguida con la mayor intensidad. Después, se concentrará el fuego sobre las posiciones de ataque, continuando una parte de la artillería el tiro contra las piezas del adversario.

En general, la acción se desenvolverá desde la primitiva posición, pero si se alcanza la superioridad de fuego y se descubren posiciones mejores más cerca del enemigo, una parte de la artillería avanzará á ellas para que su tiro resulte más eficaz.

Cuando la infantería llegue á unos 400 metros de la posición enemiga, el tiro de las piezas se dirigirá contra las reservas ó lateralmente, para batir las tropas que haya en tales parajes.

El defensor ha de tener mucho cuidado de no revelar prematuramente



su posición abriendo el fuego. No responderá al tiro que la artillería atacante dirija desde posiciones lejanas, ó, en todo caso, se encargarán de tal cometido pequeñas fracciones. Ha de tener disponible el mayor número posible de piezas para batir las columnas de ataque, donde quiera ellas se presenten. Si la posición es muy extensa, se mantendrá en reserva una parte de la artillería para empeñarla en el sector por donde se emprenda el ataque principal.

## BIBLIOGRAFÍA

*La campaña del Rif (1909)*. Orígenes, desarrollo, consecuencias, por D. Eduardo Gallego Ramos, Capitán de Ingenieros.—Madrid, 1910—382 páginas (24 × 16), con fotograbados en el texto y 4 láminas con 13 croquis: 6 pesetas.

Dividese este libro en tres partes. Estúdiense en la primera los antecedentes político-diplomáticos de la campaña y las primeras dificultades que dieron origen á la ruptura de hostilidades. En la segunda parte, consagrada al desarrollo de la guerra, se describen con detalle los elementos de que disponíamos y los que sucesivamente enviamos al Rif, el teatro de la guerra, la manera de ser del enemigo, y todos y cada uno de los combates y operaciones, debidamente enlazados; termina con un resumen de las enseñanzas de la campaña, la acción política desarrollada por el general Marina y algunas consideraciones sobre las bajas que tuvo nuestro ejército. En la tercera parte, que el autor titula "Consecuencias de la campaña,, se expone la ocupación militar del teatro de operaciones, lo que vale el Rif desde los puntos de vista agrícola, forestal, minero y comercial, y el porvenir de Melilla, con las ventajas que la guerra puede reportar á España.

Como se ve, el cuadro es muy completo y abarca en toda su extensión el problema en parte resuelto en los alrededores de Melilla. Prescindiendo de la primera parte, completa y bien hecha, y de la tercera, sumamente acertada, práctica y de indudable novedad, la segunda es la que más nos interesa desde el punto de vista militar, y á ella concretaremos nuestro examen.

Como relación de la guerra, el libro del Sr. Gallego nada deja que desear. El lector sigue perfectamente todas las operaciones y hechos de armas, y se da exacta cuenta de sus consecuencias y de la marcha general de la campaña. Algunos combates, que hasta ahora permanecían en una especie de penumbra, quedan bien explicados, y desaparecen todas ó casi todas las dudas que sobre los más importantes habían surgido; es decir, que el autor describe con acierto y competencia grandes lo que ha acontecido y cómo ha acontecido. Pero la imparcialidad no obliga á declarar



que en lo que atañe á algunos puntos principales, no nos dice el porqué de lo acontecido.

Si se aprecia en su conjunto la pasada campaña, resaltan desde luego varios hechos (ocupación de las primeras posiciones, línea de comunicaciones y objetivo primitivo de la guerra; cambio luego de este objetivo, combate del 27 de julio; operaciones en la península Tres Forcas y abandono de Hidum y Taxdirt; acción del Jemis, etc., etc.), que al parecer denotan modificación de plan y cuyas ventajas cuesta mucho descubrir; acerca de ellos, el autor se muestra muy parco, y se limita á justificar, muy someramente y sin entrar en el fondo del asunto, las resoluciones del comandante en jefe; esto le lleva alguna vez á emitir juicios que creemos algo duros sobre la conducta de otros jefes.

Esa deficiencia que lamentamos del libro del Sr Gallego, es probable que sea debida á la índole del puesto que el autor ocupó durante la guerra; lo cual es de sentir, porque en todo lo que no atañe al alto mando campea un criterio seguro, firme, resuelto y notoriamente acertado. Véanse sino, por ejemplo, las enseñanzas de la campaña, en las que sin eufemismos, con franqueza, el Sr. Gallego apunta defectos, indica puntos á corregir y señala orientaciones. Y lo mismo acontece cuando juzga y aquilata el detalle de las operaciones.

Por lo demás, desde las primeras líneas se demuestra la maestría del escritor de numerosos libros y la experiencia del soldado para quien es familiar la guerra. Por eso mismo no hemos querido pasar en silencio la omisión apuntada, que tal vez no hubiera llamado nuestra atención si se tratara de un autor menos conocido ó de un militar menos experto. En otro concepto, el Sr. Gallego deja al lector ancho campo para desenvolver su criterio, con lo que el libro resulta de verdadero estudio, aparte de su indiscutible provecho. Reune además el mérito de ser un tratado completísimo de la guerra, y de encontrarse en él una multitud de datos punto menos que desconocidos. Es un excelente recuerdo de la campaña, al que deberán acudir necesariamente los que más adelante quieran ejercer la alta crítica que el Sr. Gallego, bien por su especial destino ó por una modestia que no aprobamos, ha creído prudente no tocar á fondo.

Reciba al infatigable escritor nuestro sincero aplauso, tanto por lo notable de su trabajo, como por haber señalado el camino en que otros debieran seguirle, y sirva *La campaña del Rif* de tema preferente de las conferencias y estudios de nuestros oficiales.

